

reconocimiento como valor de cambio, pretendía garantizar las mejores tendencias de ocupación del territorio tanto urbano como rural, y evitar las más negativas, y su secuela de impactos, por el alto contenido del valor del uso que ese suelo tiene.

Hoy esto parece haberse olvidado; y en tanto desde el punto de vista del sector privado todo suelo está en venta, desde el punto de vista público todo suelo es mercancía o puede serlo. Desde el momento que se están privatizando los servicios y empresas públicas, las carreteras y los trenes, si bien el suelo que los soporta se mantenga como de derecho público, en la práctica se cede su gestión y mantenimiento.

Como solemos decir, la «res-pública» tiende a desaparecer, y con ello también estamos convencidos que corre peligro la República. Sin una cosa pública a custodiar, la forma republicana pierde vigor, y las democracias pasan a ser formas más o menos perfectas de populismo.

Recientemente (y hablo de los últimos diez años) creció en Argentina el auge de los «Barrios Privados», primero en forma de *Country Clubes*, llamados eufemísticamente *Clubes de Campo*, y luego, simplemente Barrios Privados. En los últimos tres años esta tendencia está sufriendo una verdadera explosión, en particular en la gran periferia de Buenos Aires, con centenares de nuevas urbanizaciones.

Tal es el fenómeno que se devora las páginas de los principales cotidianos. Y como en realidad una de sus motivaciones principales es la seguridad –perdida en parte en las empobrecidas

y violentadas periferias–, los más sinceros los llaman hoy *Barrios Cerrados*.

Más de quinientos emprendimientos de éste tipo, y un mercado de unos quinientos mil habitantes deseosos de éste nuevo producto, condujeron a la reciente sanción de la Resolución del 26-3/97 referida al Decreto 2.815/96 que regula las urbanizaciones o *Barrios Cerrados* para ordenar si es posible este caótico proceso.

Dicha resolución ordena el *todo se puede*, pues esa en realidad es la verdad y la consecuencia. Aceptado que se puedan cerrar al uso público enormes parcelas del territorio suburbano, pasándose de macizos máximos de seis hectáreas por manzanas rodeadas de calles, a macizos de treinta, cincuenta ó cien hectáreas, se trata en realidad de liberalizar el uso del suelo total, para que luego pueda practicarse la mayor manía del mercado: el monopolio. Dentro de esos enormes macizos, cada propietario o urbanizador poderoso hace luego lo que quiere.

No queda entonces territorio y sí un gigantesco *patchwork* o retazos de territorios privatizados, y entre ellos algunas carreteras, cuando no rincones abandonados.

Sabemos qué es el modelo de urbanización imperante en los Estados Unidos, pero aplicado a un Estado pobre y falto de políticas adecuadas de infraestructuras y de prevención de impactos, logra un resultado mucho peor.

El suelo debe ser custodiado también como un valor de seguridad pública y un recurso escaso y no renovable. Con ésta liberalización, que es en realidad una irresponsabilización, no habrá sustentabilidad posible en el desarrollo urbano.

Brasil

Roberto SEGRE

PROURB/FAU/UFRJ

LA HABANA «CIUDAD SANTA»

Las fantasías y metáforas generadas por una ciudad expresan la multiplicidad de imágenes y lecturas surgidas de su realidad objetiva. La «Perla de las Antillas», «Llave del Nuevo y Mundo y Antemural de las Indias Occidentales», la «Pompeya perversa del

Caribe», la «Ciudad de las columnas», y también nominada «Patrimonio Cultural de la Humanidad» (UNESCO), la prometida visita del Papa en 1997, cabría sugerir un nuevo apelativo: de la «Ciudad Santa» de América. Acaso, a finales del siglo XIX, al visitar Caracas José Martí y peregrinar a la tumba de Simón Bolívar, ¿no la definió como la «Jerusalén» de América

aludiendo a las ansiedades de libertad y justicia en el Nuevo Mundo? ¿No se merecería ese honor la principal metrópoli antillana, una de las primeras y últimas ciudades que pertenecieron al imperio colonial español? Urbe ambicionada por grandes potencias –Inglaterra y Estados Unidos– ¿no logró defender su libertad y convertirse en la capital del primer Estado socialista del hemisferio, congregando un millón de personas en la plaza de la Revolución?

Con la desaparición del mundo bipolar, la caída del muro de Berlín y la desintegración de la Unión Soviética, parecía que los países periféricos del mundo socialista quedarían relegados al olvido ahogados por sus graves problemas internos. Pero no ocurrió esto con Cuba, al arreciar en Caribe –que en un momento fue el centro de la política internacional, cuando la Crisis de los Misiles (1962)–, quedó al margen de la dinámica de la globalización –privilegiadas las inversiones en Europa del Este, ante el *boom* de China y los «Tigres de Malaysia»–, el intento de Estados Unidos de cortar las relaciones comerciales entre Cuba y los países de Europa, Canadá, Japón y América Latina, promovió un movimiento internacional de rechazo a esta medida, que reinstaló a La Habana en la mira de los debates políticos y económicos recientes ¿Porqué tanto interés en esta ciudad mágica y mítica? ¿Porqué fluyen a ella los capitales mejicanos, brasileños, canadienses, españoles, franceses e ingleses? ¿Porqué la actual vanguardia arquitectónica mundial –Coop Himmelblau, Morphosis, Eric Owen Moss, Lebbeus Woods, Wolf D. Prix, Peter Noever, Carme Pinós y otros–, se interesó en elaborar propuestas de futuro en el centro histórico de La Habana? ¿Porqué decenas de arquitectos cubano-norteamericanos de Miami se reunieron en la *Cuban National Heritage*, y concibieron hipotéticos proyectos de salvaguardia del contexto histórico, que aplicarían tan pronto colapsara el régimen socialista?

La Habana posee una personalidad muy particular dentro del contexto urbano de América Latina. Aunque responde parcialmente a los preceptos de las Leyes de Indias –fue fundada antes de la aplicación canónica de las normas– se distancia de la estructura monocéntrica que predomina en el Continente. La importancia otorgada al sistema defensivo que protegía la bahía –allí se reunía la Flota cargada del oro y la plata extraídas de los Virreynatos– generó una estructura policéntrica de las funciones sociales. De allí la inexistencia de una «Plaza Mayor», cuya representación

simbólica quedó distribuida en diferentes plazas especializadas: la de *Armas*, de la Catedral, de San Francisco y Vieja. En el siglo XIX, al producirse los antagonismos entre criollos y españoles y las sucesivas guerras de Independencia, la ciudad expresa la polarización de ambos grupos sociales: en «Extramuros» se localizan los cubanos y en la «lenteja» histórica se atrincheran los ibéricos. Con el advenimiento de la República en 1902, los símbolos del nuevo Estado quedaron situados en el nuevo centro, fuera de las antiguas murallas. Pero en los años treinta, los asentamientos proletarios atenazaron las edificaciones monumentales, y los urbanistas Pedro Martínez Inclán (cubano) y J.L.N. Forestier (francés) establecen un centro alternativo –la Plaza Cívica– próximo a las áreas residenciales de la burguesía (El Vedado). En la década de los cincuenta, el crecimiento de la ciudad hacia la periferia, dispersó en los barrios externos algunas funciones sociales. Con la apertura del túnel bajo la bahía, La Habana del Este albergaría suntuosas torres de viviendas, hoteles para el turismo internacional, *shoppings*, edificios de oficinas y estatales: el nuevo Palacio Presidencial, diseñado por José Luis Sert, radicaba entre las fortalezas del Morro y La Cabaña.

¿Cuáles son las consecuencias de este proceso evolutivo? Resulta una de las pocas ciudades latinoamericanas que conserva casi intacta su herencia histórica, al no superponerse en el mismo espacio urbano las diferentes centralidades simbólicas, como ocurre en Ciudad de México, Buenos Aires o Caracas. En el momento en que se iniciarían las demoliciones masivas durante la década de los cincuenta –el plan director de Sert y las inversiones norteamericanas en casinos y hoteles–, el Gobierno Revolucionario paraliza proyectos e inversiones. En las décadas de los sesenta y setenta, La Habana queda detenida en el tiempo y el espacio. A partir de 1959 nada, o casi nada, se construye dentro del tejido heredado. La ideología del régimen socialista era decididamente antiurbana. La esencia de la nueva sociedad radicaba en los recursos económicos producidos en el campo y en la revalorización del trabajo manual agrícola –la hegemonía productiva de la caña de azúcar–, en detrimento de las actividades administrativas o terciarias. Las nuevas construcciones –barrios de viviendas obreras, escuelas, hospitales, industrias, almacenes, etc.–, se sitúan en la periferia. El «mito de lo nuevo» significaba contraponer la imagen de la Revolución

(periferia) a las estructuras funcionales del decadente pasado –comercios, bancos, oficinas, hoteles de lujo, clubs exclusivos–, cuyos contenedores debían ser vaciados de estas actividades obsoletas e innecesarias. El centro histórico se mantuvo incólume –a pesar de lluvias y ciclones– a la espera de una futura redención.

La declaración de «Patrimonio Cultural de la Humanidad» por la UNESCO (1982), determinó el inicio de un ambicioso plan de rescate de la ciudad colonial. Sin embargo, las múltiples obras de restauración y las construcciones nuevas dentro de la trama urbana quedaron detenidas al interrumpirse la ayuda económica del campo socialista. A partir de 1990, la política de salvaguardia de La Habana, tuvo que depender de la ayuda externa. De allí el interés de inversionistas extranjeros, ante los progresivos cambios del sistema para adecuarse a la dominante economía de mercado. Resultaba un contexto promisorio ante el déficit de consumo, la falta de diversificación funcional, de precariedad de servicios, y su persistente atractivo para el turismo internacional. Al ser una de las pocas metrópolis que conservó un núcleo originario intacto –dentro de las limitaciones impuestas por la falta de mantenimiento de los edificios en los últimos treinta años–, con valiosas estructuras arquitectónicas vacías –edificios de oficinas, monumentos históricos, tiendas callejeras, a lo largo de las principales avenidas–, en la medida en que se incrementa la dinámica económica de

la población, volverán a cumplir sus objetivos básicos. Es una ciudad tradicionalmente extrovertida, cuya cultura «tropical» se explicita en las calles, plazas, parques y avenidas. La alegría y la interacción entre la población local y los visitantes extranjeros, la proliferación de bares y cafetines, generadores del bullicio cotidiano –ahora momentáneamente introvertidos en los improvisados «paladares»–, el cromatismo de los mercados y puestos populares y la presencia del comercio informal, la dinamización económica de los «informales», estarán asociados a la renovación de su imagen, y no sólo a un pasivo rescate historicista del pasado.

Esta ansiedad por construir un futuro inédito sin renunciar a la herencia ambiental, motiva las persistentes imágenes utópicas, locales y foráneas. En los años setenta, Vittorio Garatti (IPF) y Romano Botti (Instituto de Arquitectura de Venecia), soñaron una ciudad integrada, entre centro y periferia. En los noventa, los representantes de la vanguardia actual del «Primer Mundo», en *The Havana Project* hipotizan una inserción moderna que dialogue dialécticamente con los monumentos tradicionales. Al final, como afirmaba Marx, la realidad siempre se impone sobre sueños y fantasías. Cabe esperar por la concreción de los deseos y aspiraciones de los habitantes de la ciudad que algún día sabrán interpretar los diseñadores locales. Estas son las incógnitas de La Habana en este fin de Milenio.